

EN POS DE LOS HIJOS PRÓDIGOS. DESBANDADA DEL EPISCOPADO MEXICANO

Luciano Ramírez Hurtado

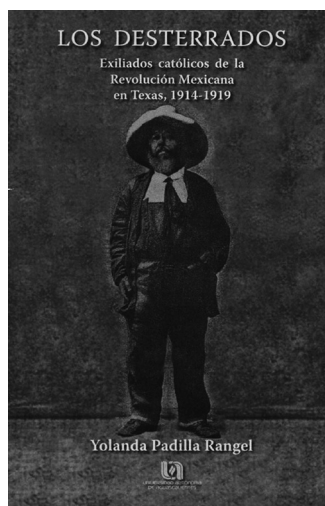
Padilla Rangel, Yolanda, *Los desterrados. Exiliados católicos de la Revolución Mexicana en Texas, 1914-1919*, Universidad Autónoma de Aguascalientes, México, 2009, 249 pp.

UAA, 2009
ISBN 978-607-7745-16-7

La autora

Yolanda Padilla Rangel nos ha vuelto a apresar con este nuevo trabajo de investigación que lleva por título: *Los desterrados. Exiliados católicos de la Revolución Mexicana en Texas, 1914-1919*.

Su interés por los temas en materia de religión ha ocupado un lugar muy importante en su trayectoria académica; el papel de la Iglesia católica y su impacto en la sociedad no es, por lo tanto, nuevo entre sus afanes intelectuales. Hace muchos años que viene trabajando esos tópicos, y lo hace desde una perspectiva amplia, crítica, propositiva y multi y transdisciplinaria. Baste recordar sus libros: *El catolicismo social y el movimiento cristero en Aguascalientes*, publicado por el Instituto Cultural de Aguascalientes en 1992; *Después de la tempestad: la reorganización católica en Aguascalientes, 1929-1950*, El Colegio de Michoacán-UAA, 2001; y *Con*



la Iglesia hemos topado. Catolicismo y sociedad en Aguascalientes. Un conflicto de los años 70, ICA, 1992.

Yolanda, en buena medida, prácticamente ha ido cubriendo el espectro de gran parte del siglo XX, aunque también es justo reconocer que el mosaico se ha ido complementando con los trabajos de María Eugenia Patiño López, *Religión y vida cotidiana. Los laicos católicos en Aguascalientes* y de José Antonio Gutiérrez, *La labor social de la Iglesia Católica en Aguascalientes* e *Historia de la Iglesia Católica en Aguascalientes*, entre otros.

En cuanto a la historiografía sobre la Revolución mexicana, el libro de nuestra investigadora viene a llenar un hueco importante. Son pocos todavía los trabajos que existen sobre la Iglesia católica en ese periodo. Entre los que conozco destacan la reciente publicación de María Gabriela Aguirre Cris-

tiani, *¿Una historia compartida? Revolución Mexicana y Catolicismo social, 1913-1924*; y los trabajos de Manuel Ceballos, *El Catolicismo social, un tercero en discordia. Rerum Novarum, la movilización social y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*; *Catolicismo social en México. Las instituciones*; y *Catolicismo social en México. Teoría, fuentes e historiografía*.

Más escasas todavía son las investigaciones sobre el exilio. Recuerdo el seminario, coordinado por Javier García-Diego Dantán, sobre la suerte que sufrieron varios revolucionarios e intelectuales (maderistas, villistas, constitucionalistas) y contrarrevolucionarios (huertistas y felicistas) en el extranjero (Cuba, Estados Unidos, Guatemala, España); el libro de Carlos Tello, *El exilio. Un relato de familia*, basado en fuentes primarias, narra la historia y peripecias de dos familias que tuvieron que dejar su país con la Revolución para irse a Francia: los Díaz y los Casasús; y la obra de Mario Ramírez Rancaño, *La reacción mexicana y su exilio durante la revolución de 1910*.

La obra

En la portada del libro observamos la figura de una persona de sexo masculino, de unos sesenta años de edad, bajito, de aspecto rústico, gesto imperturbable, barba cana y crecida, vestido con pantalón de dril, saco de lona, tocado con un sombrero de campesino. Es Leopoldo Ruiz y Flores, el arzobispo de Morelia (personaje de leyenda sobre el que se

podría escribir una novela de corte histórico) que se dejó fotografiar disfrazado de trabajador del campo, cuando ingresó clandestinamente a su sede michoacana, y que fue uno de los prelados mexicanos más importantes e inteligentes en el exilio. Por tal motivo, fue una elección muy acertada de la autora poner esta fotografía en la portada, pues, en mi opinión, sintetiza el contenido de la obra.

El tema y problema que plantea la autora están centrados en la desbandada del episcopado mexicano en 1914 y su estancia en el extranjero durante cinco años, por motivos político-religiosos, hasta su regreso en 1919 cuando el declive del gobierno del presidente Venustiano Carranza se hace más que evidente. Es una historia de los ataques que sufrieron los prelados en sus respectivas sedes y de las órdenes de aprehensión en su contra, acusados de sedición y confabulación con el régimen huertista; también narra la deportación, sufrimientos en el tránsito y problemas a los que se enfrentaron en distintas ciudades de los Estados Unidos, hasta que las condiciones políticas posibilitaron su regreso, ya sea de manera clandestina o con el respectivo permiso de las autoridades revolucionarias mexicanas. Yolanda pone de relieve la amplia y compleja red de relaciones personales e institucionales que los obispos y arzobispos habían tejido durante el Porfiriato y los primeros años del movimiento revolucionario. La Iglesia en México se había desintegrado, y así la autora investiga, con lujo de detalle, la manera en que los prelados buscaron reorganizarse y

recomponerse en el exilio. Pone énfasis en la presencia y personalidad de personajes de la talla de José María Mora y del Río, arzobispo primado de México y máxima autoridad eclesiástica; Juan Herrera y Piña, obispo de Tulancingo; Miguel de la Mora, obispo de Zacatecas; José María Echavarría, obispo de Saltillo; Ignacio Valdespino y Díaz, obispo de Aguascalientes; Francisco Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara; Leopoldo Ruiz y Flores, arzobispo de Morelia; Francisco Plancarte, arzobispo de Monterrey, así como la relación cercana que estos últimos establecieron con Francis Clement Kelly, “ángel guardián”, protector y campeón de la defensa de la jerarquía eclesiástica mexicana exiliada en el país vecino del norte.

El libro contiene cinco capítulos. En el primero, se rastrean los orígenes del conflicto y las razones por las cuales el gobierno revolucionario de la facción carrancista asestó fuertes golpes al clero mexicano, dando cuenta de las acciones de corte anticlerical en distintas ciudades del país. El segundo, muy bien documentado, nos habla de cómo fueron recibidos los prelados mexicanos en su exilio en los Estados Unidos, así como de la trayectoria e importancia de los obispos mexicanos antes y durante su persecución y expulsión, además de su retorno a sus respectivas sedes. El tercero, en mi opinión, es el más flojo, pues se trata de fichas un tanto sueltas e inconexas en las que la autora hace un listado de las diferentes órdenes de religiosas y religiosos que fueron a parar a diversas poblaciones de la Unión

Americana, antes y durante el exilio, sin relacionarlas directamente con el planteamiento general y el *corpus* principal del trabajo. El cuarto, dedicado al Seminario de San Felipe de Neri, en Castroville, aborda la necesidad que tuvo el clero mexicano en el exilio de crear un seminario en suelo americano, pues era indispensable formar sacerdotes para el futuro –los que había en México fueron confiscados por las autoridades revolucionarias–; además, es una mirada al interior, casi a la intimidad, ya que Yolanda lo dedica a la gestación de la idea de su creación, maduración del proyecto, opciones, problemas para conseguir el lugar, su mantenimiento por parte de Extension Society y caridad pública, dificultades en su organización y funcionamiento, supervisión de las autoridades eclesiásticas norteamericanas en su administración, planta académica, clases, chismes, rencillas, diferencias, pugnas internas, sello personal de los diferentes rectores, aspectos varios de la vida cotidiana, actividades y ordenaciones, todo ello en el Seminario de Castroville, Texas, desde su apertura en enero de 1915 hasta su cierre en marzo de 1918. El último capítulo lo dedica a revisar cómo fueron percibidos los clérigos mexicanos refugiados en la Unión Americana, tomando en cuenta las relaciones de poder y la política interior estadounidense, pues analiza la imagen que los norteamericanos se hicieron de los refugiados, particularmente a través de Catholic Church Extension Society, y la mirada de su protector, benefactor y vo-

cero Francis Clement Kelley quien escribió y publicó varios textos, entre ellos *Book of Red and Yellow*, en el que defendió la causa de los exiliados mexicanos al narrar los apoyos conseguidos y las impresiones de otros católicos estadounidenses.

El estilo literario de nuestra autora es ágil, ameno, fluido, claro y preciso; escribe con sencillez, sin rebuscamientos, no utiliza expresiones de difícil comprensión, aunque por momentos la información que nos reporta se torna repetitiva en distintos apartados y capítulos de la obra. De esta manera, la obra está dirigida al público en general, especialmente, al clero y a los científicos sociales.

En cuanto al tratamiento de las fuentes y datos, la bibliografía es reducida pero suficiente para realizar una investigación de primer nivel; empleó profusamente la biografía escrita por Vicente Camberos, *Francisco El Grande. Mons. Francisco Orozco y Jiménez*, publicada en 2 tomos por la editorial Jus en 1966; la memoria de Leopoldo Ruiz y Flores, *Recuerdo de recuerdos*, publicada en 1942 por la editorial Buena Prensa; y, sobre todo, el diario de Emeterio Valverde y Téllez, obispo de León, *Biobibliografía eclesiástica mexicana*, publicada en 2 tomos en 1982 por El Colegio de Michoacán; muy importante también fue la consulta de la obra *The Mexican Revolution and the Catholic Church*, del historiador norteamericano Robert Quirk, publicado en 1973 por la Universidad de Indiana; asimismo, la memoria o *Memorandum* del arzobispo de Guadalajara, Francis-

co Orozco y Jiménez, texto autobiográfico publicado en inglés en 1918 en el que narra su furtiva entrada a México, sus actividades clandestinas y su captura y nueva deportación a los Estados Unidos. La fuente hemerográfica que más datos pertinentes le reportó a Yolanda, sin duda alguna, fue el *Southern Messenger*, localizado en San Antonio, Texas, que es un periódico católico que se difundía en las diócesis de El Paso, Corpus Christi, San Antonio, Galveston y Dallas, pues de esa fuente consultó decenas de artículos anónimos que seguían muy de cerca y paso a paso los avatares, las dificultades y los triunfos de los obispos y arzobispos mexicanos, así como demás religiosos y religiosas tanto en ciudades norteamericanas como en suelo mexicano en relación con salidas, llegadas, persecuciones de parte del gobierno revolucionario carrancista y demás información relacionada con la política eclesiástica católica. Entre las fuentes documentales, cabe destacar los archivos católicos de Texas y Chicago, particularmente, los de la Arquidiócesis de San Antonio.

Me hubiera gustado, sin embargo, que la autora cotejara lo aseverado por *Southern Messenger*, *Extension Magazine*, Cambero, Valverde y Ruiz y Flores, con lo publicado por la prensa norteamericana de San Antonio, Chicago y Los Ángeles, así como por los periódicos mexicanos –todavía en época del presidente Venustiano Carranza– de las ciudades de las sedes episcopales (México, Morelia, Guadalajara, Oaxaca, Aguascalientes, Pachuca, etc.), en particular a los supuestos recibimientos

apoteósicos por parte de sus feligreses, aunque admito que eso hubiera alargado mucho la conclusión del proyecto. De cualquier forma, me da la impresión de que por momentos la autora no cuestionó la autoridad de sus fuentes y creyó a pie juntillas lo que los informantes dijeron. También le hubiera sido de enorme utilidad consultar el archivo del primer jefe y encargado del poder Ejecutivo y luego presidente de México Venustiano Carranza, me refiero al fondo XXI del Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX, hoy Grupo Carso, en donde abundan cartas, oficios, disposiciones y recortes de periódicos del gobierno del llamado Varón de Cuatro Ciénegas.

Al libro sólo, por lo menos, se le pueden hacer un par de críticas. En primer lugar, ¿por qué no habla del “comecuras” más famoso que ha habido en Aguascalientes en tiempos del obispo Valdespino, el profesor y teniente coronel constitucionalista David G. Berlanga? Ahí está el texto “Los iconoclastas” de Enrique Rodríguez Varela, en el tomo I de *Aguascalientes en la historia*, publicado en 1988; el de Todd Hartch “El Credo Revolucionario. David Berlanga and Convention of Aguascalientes”, y las más de veinte páginas que dedico en el apartado “El orador socialista y anticlerical”, en el libro *Aguascalientes en la encrucijada de la Revolución Mexicana. David Berlanga y la Soberana Convención*, publicado en el año 2004, o bien en el opúsculo “Anticlericalismo Revolucionario en Aguascalientes. Acciones y reacciones”, en la revista *Folio*,

órgano del Archivo Histórico del estado de Aguascalientes.

Por otro lado, para hablar de la relación Iglesia-Estado en tiempos de la Convención, hay textos mejor documentados y más objetivos que el de Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución Mexicana*, me refiero a los trabajos de Luis Fernando Amaya, *La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916*, México, Trillas, 1966 y Robert Quirk, *La Revolución Mexicana, 1914-1915. La Convención de Aguascalientes*, México, Gobierno del Estado de Aguascalientes-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1989.

Las cualidades y aportaciones son muchas:

- a) Llena un hueco muy importante en la historiografía sobre el papel de la jerarquía eclesiástica católica en el exilio, en el periodo 1914-1919.
- b) Es también una historia de relaciones diplomáticas entre México y las más altas autoridades eclesiásticas católicas en los Estados Unidos, en la que de pronto se hacía presente el apoyo de la Santa Sede (el Vaticano), la arquidiócesis de Toronto –a través de los jesuitas–, la embajada de Japón, o bien algún cónsul norteamericano en algunas ciudades mexicanas, tales como Tampico, Monterrey y Ciudad Juárez.
- c) Es una historia fascinante, ya que pone al descubierto temas como el espionaje de las autoridades revolucionarias constitucionalistas, principalmente gobernadores y militares de alto rango, sobre los miembros del clero católico; en contraparte, las actividades clandestinas de

los obispos, escondidos en suelo mexicano y protegidos por ciertas autoridades municipales y el apoyo de los católicos, están presentes en varios momentos del trabajo.

- d) El tema no está agotado, pues se pueden realizar futuras investigaciones con base en la consulta de la prensa estadounidense y mexicana pro y anticlerical para tomar el pulso a la opinión pública, en relación con las trayectorias de los obispos y sus regresos a sus respectivas sedes.

Como todo buen trabajo, el libro de Yolanda abre nuevas posibilidades de investigación:

- Los regresos triunfales de varios obispos a sus respectivas sedes debieron haber llamado la atención de los fotoperiodistas y la prensa ilustrada, pues registraron imágenes, por ejemplo, del retorno del arzobispo Francisco Orozco y Jiménez, en octubre de 1919, donde nos dice la autora: “lo esperaban miles de personas, quienes lo recibieron con aplausos, llanto y gritos de bienvenida entre edificios decorados, flores, confeti y serpentinas”. Estarán de acuerdo conmigo que la escena debió ser impresionante y desde luego muy fotografiable.
- La imagen, más que una mera ilustración que acompañe el texto, también puede ser objeto de análisis e interpretación, ya sea fotografía, dibujo o caricatura publicadas en la prensa; o bien, las colecciones de fotos que la propia Yolanda localizó en el Catholic Church Extension Society de la Universidad Loyola de Chicago; el Catholic Archives of Texas, en Austin,

Mexican Seminary, así como las publicadas por Vicente Camberos en su biografía sobre Francisco Orozco y Jiménez. También sería fascinante averiguar quién fue el fotógrafo, si era profesional o aficionado, el tipo de equipo que utilizó, en qué otros medios se publicó y con qué fin; es decir, indagar acerca de la producción, reproducción y circulación de las imágenes y los propósitos de las empresas periodísticas y editoriales. Sabemos, por ejemplo, que la revista *La Ilustración Semanal* publicó fotografías en que se observan protestas de cientos de católicos por la aprehensión del vicario de la arquidiócesis de México Antonio Paredes, 120 sacerdotes mexicanos y unos 70 extranjeros, en febrero de 1915, por disposición del general Álvaro Obregón; y, sobre todo, las caricaturas rabiosamente anticlericales realizadas por José Clemente Orozco (“Acúsome Padre”, “Monseñor Paredes en Veracruz”, “Huerta y el arzobispo”) y Miguel Ángel Fernández (“La trinidad reaccionaria”), publicadas en Orizaba, Veracruz, en el periódico *La Vanguardia*, en mayo de ese mismo año, diario dirigido por Gerardo Murillo, el famoso Dr. Atl, propagandista político del carrancismo y, en ese momento, aliado incondicional de Obregón.

En resumidas cuentas, *Los desterrados. Exiliados católicos de la Revolución Mexicana en Texas, 1914-1919*, de Yolanda Padilla Rangel, es una estupenda investigación, muy bien documentada, deliciosamente escrita que vale la pena leer, pues su relato se disfruta demasiado.